,

Argentinos

"*me gusta pensar que soy un escritor europeo en el exilio"* Jorge Luis Borges
"*No pertenezco a ningún partido…, soy del Partido Americano…"* José de San Martín

Estas dos aseveraciones, disímiles y contrarias parecen marcar a fuego las características relevantes que conforman el conflicto que envuelve a la identidad de los argentinos. No son muy distintos a las problemáticas que se presentan en el resto de la América al sur del río Bravo. Por Julio Ruiz.

El descubrimiento del mundo

La civilización europea, dice haber "descubierto" estas tierras en el siglo XV de nuestra era. En realidad en aquellos años florecían en América culturas que mostraban un alto desarrollo y diversidad, con grandes ciudades que en muchos casos eran superiores en sus rasgos urbanísticos y densidad demográficas a las más grandes ciudades de la Europa contemporánea.

Sería más acertado, entonces, hablar de un "develamiento" mutuo, porque de lo que se trató en realidad –tanto para europeos como para los habitantes de estas tierras – fue poner de manifiesto al mundo como un todo. La integración de la tierra como fenómeno global.

España (o quizás sería mas acertado decir "las Españas") había culminado su guerra contra la ocupación mora, de la mano de la corona de Castilla, cuando se tropezó con el "resto del mundo". Un mundo desconocido para ellos, como eran desconocidos para los habitantes de América, aquellos hombres blancos y barbados.

La península ibérica, venía de un largo proceso de fusiones étnicas y culturales, de ahí que - aún en medio de las guerras por la conquista de estas tierras - el fenómeno de la mestización entre el español y las nativas fuera lo corriente.

El gaucho

El gaucho es el arquetipo fundacional del ser argentino. Distintos autores señalan la génesis del gaucho como resultado del mestizaje e hibridación cultural entre los jinetes andaluces que vinieron con Juan de Garay y las indias pampeanas.

El tipo de jinete experto, audaz y valiente tuvo su réplica en distintas zonas de nuestra América: desde el río de la Plata, pasando por el sur de Brasil, hasta los llanos de la Gran Colombia. Así, *jinete* (palabra de origen árabe) es sinónimo de gaucho, huaso, llanero, vaquero o charro, pero sólo en Argentina alcanzó la épica que mereció un reconocimiento literario de valor fundacional: el poema nacional por excelencia, Martín Fierro del escritor y político federal José Hernández.

El paradigma del gaucho forma parte del sustrato cultural argentino. Constituyeron la determinante y triunfante caballería criolla de la guerra de la Independencia, conformaron la montonera de las cruentas luchas civiles libradas a lo largo de casi todo el siglo XIX y cuando finalmente fueron derrotados por la "civilización" del rémington y las ideas del iluminismo provenientes de Europa, abrazadas con sagrado entusiasmo por los sectores ilustrados de las ciudades, propietarios de tierras, financistas, comerciantes y contrabandistas, comenzó su diáspora. Fue recibido sin beneficio de inventario por sus paisanos los indios en sus tolderías; también fue el milico reclutado a los palos para la lucha contra el malón y la guerra contra los hermanos paraguayos; domesticado se transformó en peón de campo, aunque siempre mantuvo su carácter levantisco, sancionado por patrones y jueces. Más adelante los caudillos conservadores contrataron algunos de aquellos jinetes errantes como matones a su servicio, merced a su habilidad proverbial con el arma blanca, herencia quizás de aquellos primeros moros andaluces y de sus tareas camperas. Es en ese contexto que aparece la figura de Juan Moreira, retratada por Eduardo Gutiérrez en el folletín que lleva su nombre y que al igual que el Martín Fierro circulaba de mano en mano entre la peonada de los campos de la pampa argentina.

El Proyecto del 80

Culminada la etapa de la denominada “organización nacional” abierta en 1852, que supuso la derrota del interior profundo y el afianzamiento de un proyecto fuertemente subordinado a Inglaterra en lo económico – financiero y a Francia en lo cultural, se abre una etapa de dependencia que supuso el afianzamiento de una minoría opulenta, con el resto de la población empobrecida de “pata al suelo”.

“Se nos habla de gauchos...la lucha ha dado cuenta de ellos, de toda esa chusma de haraganes. No trate de economizar sangre de gauchos. Este es un abono que es preciso hacer útil al país. La sangre de esta chusma criolla incivil, bárbara y ruda, es lo único que tienen de seres humanos.” (Carta de Domingo Faustino Sarmiento a Mitre. “Cuando decimos pueblo, entendemos los notables, activos, inteligentes: clase gobernante. Somos gentes decentes. Patricios a cuya clase pertenecemos nosotros, pues, no ha de verse en nuestra Cámara (Diputados y Senadores) ni gauchos, ni negros, ni pobres. Somos la gente decente, es decir, patriota.” (Domingo Faustino Sarmiento Discurso de 1866).

Sarmiento es quizás quien represente con mayor precisión la dramática dicotomía existente en nuestras clases dominantes identificadas con la Ilustración. En su famosa obra “Facundo o Civilización y Barbarie”, una realización cumbre de nuestra literatura, se expresa la división del alma del sanjuanino quién deja escapar en ella su admiración por el caudillo riojano, a pesar de su manifiesta opción por la civilización simbolizada por la Europa ilustrada, los Estados Unidos, la vida urbana, el partido Unitario. Por otra parte identifica a la barbarie con América Latina, España, Asia, el campo, los federales, Facundo y Rosas. Esta visión - civilización o barbarie - divulgada ampliamente por el gran logro que significó la educación pública implementada por esos años, influyó hondamente en nuestra formación cultural y política, conformando una divisoria, un conflicto fundamental que tiene su génesis en la colonia y se arrastra hasta nuestros días.

La adopción del darwinismo social por parte de los sectores dominantes, trajo aparejada la disposición a la eugenesia como argumento para aplicar métodos de "depuración" o "mejoras" sociales o políticas de la especie. Sumado a esto la proverbial despoblación de nuestro territorio, se abrió una etapa de inmigración masiva.

Inmigración

Octavio Paz: *"los mexicanos descienden de los aztecas, los peruanos de los incas, y los argentinos....de los barcos"...*

Las clases propietarias, beneficiarias del comercio exterior con Gran Bretaña, arropadas en su visión sarmientina de la realidad nacional, necesitaban ampliar la frontera agrícola ganadera y “mejorar” el tipo de habitante del país, así como mejoraron la ganadería importando razas vacunas y ovinas británicas.

La inmigración resultó masiva, alentada por los conflictos y las crisis económicas que asolaban a Europa, llegando en algún momento a superar en número de habitantes a los pobladores nativos. Pero quienes llegaban a estas orillas escapando de las hambrunas, las guerras y las persecuciones políticas y religiosas, no eran los esperados europeos del norte, supuestos portadores de la “civilización”, sino que en su inmensa mayoría se trataba de los “atrasados” españoles e italianos. Pero también árabes, procedentes del imperio Otomano (de ahí que se los conoce popularmente como “turcos”); judíos norafricanos, árabes y europeos (predominantemente rusos y polacos), Los inmigrantes procedentes del norte europeo eran minoría y en general se trataba de irlandeses católicos desplazados por las luchas religiosas y nacionales contra el imperio británico. La mayoría de los alemanes arribados, eran los llamados “alemanes del Volga” una minoría también católica agredidos en la Rusia zarista.

Si bien en algunos grupos hubo en principio una tendencia a la endogamia, la educación primaria obligatoria y otros derechos formalizados durante la presidencia de Roca, contribuyó grandemente a la pronta adaptación de los inmigrantes y a una nueva mestización. Sus hijos, nacidos en estas tierras prontamente se acriollaron y adoptaron las costumbres y el idioma de la tierra. En las tareas camperas constituía un orgullo reconocerse en las habilidades del gaucho convertido en peón.

Quizás la más emblemática de esta asombrosa “transformación” lo constituye la colonización agrícola por parte de campesinos hebreos en Entre Ríos que dio lugar a la denominación de los mismos como “gauchos judíos”. Dejando en evidencia que a pesar de toda la prédica “civilizatoria”, el gaucho seguía constituyendo el arquetipo cultural del reconocimiento de lo argentino.

La inmigración inundó las ciudades y el conventillo fue su vivienda precaria. Muy pocos fueron al campo al menos como propietarios. Las tierras ya estaban ocupadas por los grandes terratenientes que se las habían apropiado tras la llamada “Campaña del desierto”, así, el destino común para los inmigrantes y sus hijos argentinos fue el de arrendatario, aparcero, mediero y aún peón para todo servicio. Quienes se establecieron en las ciudades traían consigo sus oficios (carpinteros, herreros, talabarteros, etc.) otros se constituyeron en pequeños comerciantes, la más de las veces ambulantes, y muchos se conchabaron en los puertos de las ciudades costeras o en los pequeños talleres que ya empezaban a florecer en las núcleos urbanos entre fines del siglo XIX y principios del XX.

Con sus esperanzas y sus miedos a cuestas, sus baúles venían cargados de creencias e ideologías. Algunos eran anarquistas o socialistas y desembarcaron en estas tierras, que consideraban de promisión, munidos de sólidos principios que difundieron con entusiasmo entre trabajadores extranjeros y también entre los criollos.

El Centenario.

Los fastos del centenario de la Revolución de Mayo de 1810, se desenvolvieron en un clima enrarecido y contradictorio. Personalidades ilustres visitaron la Argentina en un trasfondo de manifestaciones y violentas protestas sociales.

Los trabajadores sin cobertura social y legal alguna, venían haciendo visibles las penosas condiciones en que debían vivir y trabajar. La única respuesta a esta situación eran el sable de la caballería policial (que pasaría a ser conocida como “los cosacos”) y las balas de los vigilantes.

Es por esos tiempos que comienzan a aparecer las asociaciones que organizan a la comunidad: sindicatos, sociedades mutuales, y otras que fungían como autodefensa ante los atropellos contra los más humildes, entre los que se encontraban la mayoría de los inmigrantes.

La Ley Sáenz Peña. Hipólito Yrigoyen

Desde fines del siglo XIX, aparece en el horizonte político, una nueva fuerza que se opone a la vigencia de la República conservadora que gobernaba con alternancias internas mediante el fraude más descarado. La Unión Cívica, que más tarde adicionó el adjetivo “Radical” al nombre original, poniendo así énfasis en su enfrentamiento irreductible con el régimen conservador, fue fundada por Leandro Alem, hijo de un militante federal ejecutado tras la caída de Rosas, lo que le valió el mote despectivo de “el hijo del ahorcado”. Ante la imposibilidad de poder acceder al gobierno por medios electorales, optó por una posición revolucionaria que llevaron a la novel fuerza a convocar a varios intentos revolucionarios fallidos, protagonizados por sus numerosos partidarios y reprimidos con brutalidad por las fuerzas de seguridad que respondían al régimen conservador.

A la muerte de Alem, quien se suicidó en 1896, le sucedió en la conducción de la Unión Cívica su sobrino, un oscuro comisario de Balvanera, ganadero y curtido militante: Hipólito Yrigoyen, quién prosiguió con la prédica y la acción revolucionaria haciendo cada vez más incierta la permanencia del régimen conservador – oligárquico al que el caudillo radical calificaba de “falaz y descreído”.

La candente situación hizo que los sectores más lúcidos del régimen impulsaran a través del Congreso la Ley 8.871, sancionada en 1912, estableciéndose el voto universal, secreto y obligatorio para los ciudadanos argentinos varones, nativos o naturalizados, mayores de 18 años de edad. Esta ley es conocida por la ley Sáenz Peña quien era presidente en esos momentos.

En 1916, Hipólito Yrigoyen es electo Presidente, con él las masas populares acceden a importantes porciones de poder por primera vez en muchas décadas. Encabezó un gobierno de tinte nacionalista-populista y democrático, apoyado fundamentalmente por la naciente clase media de la ciudad y el campo, despertando el entusiasmo de los sectores populares que veían en el enigmático y parco caudillo de rasgos aindiados a uno de los suyos. Los hijos “argentinizados” de la inmigración dieron importante soporte a don Hipólito y su gobierno contó entre sus cuadros con muchos de ellos. Yrigoyen reinaugura una etapa de movimientos populares identificándolo como “La Causa “ oponiéndola al “Regimen”.

Fue éste un proceso de democracia de masas que fue interrumpido por el golpe cívico- militar, conservador del 6 de setiembre de 1930, encabezado por un general de tendencia fascista: Félix Uriburu. Se inaugura así un período de recurrentes golpes militares que se extendió durante buena parte del resto del siglo XX.

Don Hipólito murió en la mayor pobreza. Su sepelio dio lugar a una impresionante manifestación popular, que trasladó el ataúd sobre sus hombros hasta el cementerio de La Chacarita. Como ocurrió a la muerte de Manuel Dorrego y volvería pasar con otros líderes y caudillos populares, se fueron envueltos en el inquebrantable amor y agradecimiento de los más humildes.

La década infame

Con la caída de Yrigoyen y la proscripción del radicalismo, vuelve la etapa del fraude, ahora con el adjetivo de “patriótico”. Comienza un período de gobiernos ilegales respaldados por una parte de las Fuerzas Armadas.

En 1929 se produjo la crisis mundial con eje en Wall Street, que recaló en nuestras playas con su consiguiente cuadro de desocupación, ollas populares, abrupta caída de salarios para quienes conservaron el trabajo, migraciones internas en busca de conchabo de cualquier tipo (aparecen los crotos y linyeras), pérdida de viviendas y marginalidad. Este cuadro fue magistralmente retratado en obras de arte y las letras de los tangos y otras canciones de la época.

Los países centrales protegieron sus economías. Esto dio lugar a una severa restricción del comercio internacional. Inglaterra, nuestra principal compradora de granos y carnes, privilegió a los países de la Commonwealth, hundiendo aún más a la economía argentina.

La limitación en las exportaciones impuso una drástica reducción al ingreso de productos terminados provenientes sobre todo de Inglaterra. Esto dio lugar a un proceso virtuoso de sustitución de importaciones. Se debían fabricar en nuestro país todo aquello que antes se compraba en el exterior. Proliferaron los talleres pronto transformados en fábricas de mayor porte, que absorbieron mano de obra ociosa. A los veteranos trabajadores muchos de ellos hijos de la inmigración se unieron nuevos provenientes de las provincias: los cabecitas negras. Los primeros aportaron su conocimiento y sobre todo su solidaridad y dotes organizativas en torno a los todavía débiles sindicatos de orientación anarquista, comunista, socialista y otros sin ideología definida. Los otros con su empeñosa dedicación forjada en las duras tareas agrícolas pronto alcanzaron la necesaria destreza en sus nuevas labores. Esta amalgama dio lugar al nacimiento de una novel clase trabajadora joven y plena de dinamismo renovado. Al decir de Carlos Astrada éstos son los hijos de Martín Fierro que vienen a ocupar nuevamente su lugar en la Historia.

Con el estallido de la Segunda Guerra Mundial este proceso se profundizó y también los conflictos de orden laboral que no tenían resolución fuera del enfrentamiento y la acción directa. La cuestión social seguía siendo una cuestión policial.

La justicia social

En junio de 1943, un grupo de jóvenes oficiales del Ejército, puso fin, mediante un golpe de estado nacionalista, a la “década infame”.

Respecto del mítico 17 de Octubre de 1945 dice el historiador radical Félix Luna: “*Pero ese día, cuando empezaron a estallar las voces y a desfilar las columnas de rostros anónimos color tierra, sentíamos vacilar algo que hasta entonces había sido inconmovible. Y nos preguntamos, apenas por un instante, si no tendrían razón ellos, los extraños, los que pasaban y pasaban y seguían pasando, sin siquiera mirarnos, coreando sus estribillos y sus cantos, lanzando como una explosión el rotundo nombre de aquel hombre.”*

Con el coronel Perón (inspirador de la revolución) en la nueva Secretaría de Trabajo y Previsión da comienzo el Proyecto de la Justicia Social, cuyo sujeto central es el trabajo y el trabajador.

Este proyecto transcurrido con los años a través de los laberintos de la Historia Argentina, sigue resonando como el rugir de una ola en nuestra memoria colectiva, aún en la de quienes pretenden negarlo.

Lo auténticamente argentino no es el indio, ni el gaucho, ni la inmigración, sino la mestización tanto étnica como cultural que dio lugar a lo indoamericano es decir a lo argentino. Esta es la síntesis que deberá dejar atrás aquella odiosa oposición “Civilización o Barbarie” que nos acosa y amenaza aún en nuestros días.

"Me siento muy honrado por llevar sangre tehuelche, descendiendo por vía materna de quienes poblaron la Argentina desde siglos antes de llegar los colonizadores... No fui el único presidente con sangre india. También lo fueron Justo José de Urquiza, Hipólito Yrigoyen, Victorino de la Plaza, y podría continuar la lista con muchas otras personalidades ya históricas. Los de origen

indígena, aunque a algunos les choque, han tenido, y tienen, mucho que ver en la sociedad argentina. Pero mejor no zamarrear ramas de otros árboles genealógicos ilustres, porque todavía subsiste mucha pacatería hipócrita. Además, no sería de buen gusto... De mi origen y nacimiento he hablado poco y discretamente porque insólitas disposiciones militares no escritas me hubieran impedido entrar en el Colegio Militar, pues se evitaba el ingreso naturales o de hijos de religión no católica..." Perón, citado por Enrique Oliva – La Nación 30 de Julio 2000.

Por Julio Ruiz, Octubre 2015.